



EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 50
Telégrafo LIBROJA

Apartado 547.- Teléfono 1843
Horas: de 9 mañanas á 4 tarde.

SUMARIO

- UN PEQUEÑO REPORTER
Sección vermouth
- ANGEL GUERRA
Alto en el camino
- F. GONZALEZ-RIGABERT
Dos cartas
- JOAQUIN BELDA
Donde hay halagos no hay bienes
- ANGEL G. LUGEA
Romance de sangre
- LUIS ESTESO
La muerte de Répide
- ELADIO CEPILLO
Sabiduría y amor
- FERNANDO DE LA MILLA
¡Tú lo quisiste!
- TOVAR Y RIDORIN
Varios dibujos y retratos de
Mari-Celi, La Toscana y Luis
Esteso

CARAS BONITAS

MARI-CELI

Como verán ustedes, Mari-Celi es el ama de los solitarios. ¡Los saca todos! Saca á los "solitarios," de sus caderas á fuerza de ser guapa y de bailar mejor que todas las trompas, incluso las de caza.



5 céntimos

SECCION VERMOUTH

A sí da gusto! Todo el continente, salvo excepciones modestísimas, anda liado á mamporros. Europa se parece en este momento á un café cantante entre cinco y seis de la mañana: no queda un cacharro sano.

Gracias á que, por ahora al menos, nosotros estamos achantaditos viendo los toros desde la andanada, que es el lugar más distante del ruedo, y nos limitamos á leer los transparentes de los diarios, que se encuentran en noble competencia para ver cuál es el que coloca más bulos al respetable público, y algo se pesca, si bien con tanto barajar nombres de ciudades, generales, almirantes, etc., nos estamos volviendo locos.

DEL MERCADO



—¡Menuda cesta! Si me dejase usted meter la cabeza en la cesta me iba á poner bueno...

—No sé con qué, porque voy de vacío y no llevo nada encima.

—Váms. que ya lleva usted lo suyo. Déjeme, déjeme que no se irá usted de vacío.

En medio de tanta salvajada, resulta una pequeña compensación, pues con eso hay muchos que antes no sabían hacia dónde cae Valladolid, y ahora manejan el Cosmos que es un encanto.

No hay tendero de ultramarinos, ni zapatero de viejo, ni vendedor de salchicha que no tire de lápiz en la mesa del café ó en el mostrador del establecimiento y le describa á usted paso á paso el avance de los franceses, ó la invasión de los alemanes, ó las palizas de los servios á los austriacos.

—Mire usted: esto es Servia (y pintan una especie de salchichón de Vich) y esto otro (dibujando una ensalmada) es Austria. Esta creía que Servia no servía para nada, pero se ha encontrado con que lo primero que le ha hecho es violar á la Herzegovina.

—¿Es una cupletista austriaca?

—No, señor; es una provincia así como Guadalajara, pero sin Romanones. Luego ha atravesado el río Save y ya no sabe nada Austria, hasta que ¡zas! caen sobre ella nuevamente en Suhazora...

—Y ella ¡claro! *Suhazora* mucho.

El Moltke de nuevo cuño acaba por indignarse y le manda á uno á un sitio muy desagradable, y busca otro desventurado á quien colocarle el disco de sus conocimientos tácticos.

A mí, lo que me ha agradado más es el buen papel que ha hecho Lieja, y eso que decían que el papel de *lieja* no sirve más que para despintar los muebles viejos.

Después de los vecinos de la industriosa ciudad belga, gozan de todas mis simpatías los Tchecos, que á pesar de ser buenos *tchecos*, se les ha subido el tufo á las narices y quieren comerse á los alemanes hechos morcillas y no se contentan con menos de ver á su emperador convertido en limpiabarros de Poincaré.

Los germanófilos, más templados. afirman que Guillermo está completamente mocholes y, por consiguiente, que al Kaiser, no hay que hacerle *Kaiser* y una vez

aplastado el orgullo germano se le debe meter en un yate y decirle: «Ya te habrás convencido de tu salvajismo. Ahueca el ala de tu águila imperial y vete á paseo». Y, naturalmente, se irá al Paseo Imperial, que es el más adecuado.

Entre tanto, los italianos siguen como nosotros, calladitos y con su escuadra metida en la bahía de Tarento. ¡Tienen mucho *tarento* esos italianos!

De quien no se sabe nada, á la hora de escribir estas cuartillas, es de los ingleses. No se sabe dónde están. ¡Y aún hay quien se alarma, cuando el placer de los placeres es estar libre de ingleses!

Quedamos, pues, en que la juerga de cañonazos y el garrotín de fusilería, no nos ha alcanzado todavía más que por el lado de las salpicaduras, que si nos han llegado ya.

Las casas armadoras, en vista de los riesgos que corren los buques en los mares beligerantes, han acordado subir el precio de los fletes.

Eso va me pone los pelos de punta, porque es un conflicto que se avecina y cuyos resultados han de ser pavorosos, singularmente para los que nos sentimos dispuestos á mantener la vida de relación con las potencias de primer orden.

¡Tan contentos como estábamos, creyendo ¡cándidas avecillas!

que con eso de la guerra vendría la emigración obligada y, como consecuencia natural, el mercado estaría atestado de artículos de ocasión y hasta de lujo por poco precio!

Vamos, que esperábamos que ocurriese lo que con las frutas de Baleares, pues se-

gún afirman los corresponsales, á causa de haberse prohibido la exportación, se vende á peseta la arroba de peras, que en Berlín pagan á cincuenta marcos.

UN EQUIVOCO



—Oye, y cuando te cases ¿ascenderás?

—No, riquita, todo lo contrario.

—¡Cómo! ¿Descenderás?

—¡Por Dios, Paquita!... Quiero decir que cuando ascienda me casaré.

Pero no ha sido así; por el contrario, se nos amenaza con más altos precios.

Y si se suben tanto los fletes no va á haber otro remedio que entregarse á las tan económicas como celebradas frutas balears.

LAS HAY PROLIFICAS



—¡Y pensar que te vas así por culpa mia!...

—Hombre, no es tuya toda la culpa.

—¿Pues de quién más?

—¡Mial... (¡Miaut!)

Lo malo es que ya saben ustedes que tienen muy buena vista pero son de poco gusto.

Un pequeño REPORTER

ALTO EN EL CAMINO

I

¡Qué sol! Caía agresivo, retostando la tierra sobre la llanura desierta, de lejanos horizontes. La senda, blanca y polvorienta del camino, perdíase á lo lejos sin acabar nunca.

Los dos viejos, con los pies descalzos, desollados por la tierra recalentada, cargando á la espalda el misero petate, andaban jadeando, mojadas las crenchas del revuelto cabello cano por el sudor que chorreaba y corría por las arrugas de los

rostros. Por más que con ojos avizores escrutaban la llanura, no alcanzaban á ver ni el zoco de una casa cortijera, ni siquiera la sombra piadosa de un árbol.

La pierna ulcerada del viejo mendigo, la que mostraba desnuda y en llaga viva á las buenas gentes para moverlas á misericordia por el asco, negábase á andar y llegó instante en que impuso el descanso con arañazos intensos de dolor. No era posible seguir hasta el pueblo. Anunciaban éste á distancia las aspas de los molinos volteando rápidas con sus blancas lonas hinchadas por el viento. Más allá de ellos, asentada en las alturas de las colinas, en la tierra baja, á ras del llano, descansaba la aldea la modorra estival, al frescor del agua de las albercas y escondida en medio del verdor de las huertas.

También la vieja carleaba con fatigas.

BAÑERO PRECAVIDO



—Cuidado, bañero. ¡Mucho ojo con el terreno que pisa!

—Sí, sí, señorita. Precisamente ando con mucho tiento y voy diciendo para mí: ¡mucho ojo!

La tos asmática, redoblada por el calor y el cansancio de la jornada al correr las veredas sin fin, hacia resollar á la mendiga con un ronquido estertoroso. Soltaron la carga en tierra los viejos y sobre ella se sentaron á descansar. Las carnes flácidas chorreaban sudor. Para yantar mordisquearon las encías cloróticas, sin dientes, unos mendrugos secos.

—No hay resuello *pá* más.

—Pues ¡si hay camino!...

—¡Cristo nos valga! ¿Mucho?

—Mía fe, que es largo de andar.

—Ni ánimos restan...

—Fuerza es llegar.

Calentaba el sol. Mejor era caminar mientras se pudiera. Si llegaba la noche, en lugares desiertos, ¿qué hacer?

Cargaron á las espaldas los petates, y después reanudaron el andar. Iban renqueando, apoyándose en los báculos y el polvo soleado del camino blanqueaba las cejas y el cabello de los viejos. A cada instante parábanse fatigados. Y luego, nuevamente á andar.

Cuando comenzaron á declinar las luces de la tarde, el aire, corriendo libre por los campos, traía una sensación de frescura, como si se hubiese bañado en los ríos y al pasar lo impregnaran de su humedad las arboledas distantes.

Tras un recodo del camino, en una hondonada de llano, una casa cortijera derramaba en lo alto, empañando la diafanidad azulina del cielo, el humo del hogar. Y hacia ella caminaron,

LOS VETERANOS DE LA REVOLUCION



Ella.—¡Qué lástima no poder estar ahora en Francia! Mi papá fué un héroe del 70.

El.—¡Tomal, yo lo soy del 69, y no me muevo de aquí ni á tiros.

II

Cerraba ya la noche. En el cielo había claridad blanca de estrellas. A lo largo del campo el silencio reinaba y el rumor del agua al caer en los estanques parecía la oración amorosa de la noche.

Desde la cerca, esforzando la voz, gritó el viejo:

—¡Ah de la casa!

La vieja, tras un suspiro de fatiga, como si sus voces débiles pudieran oírse á la distancia, repitió su eterna salmodia:

—Buenas almas, que somos caminantes.

A lo lejos respondió el ladrido furioso de un perro. La mendiga tembló con miedo, y sus ojos espantados miraron á todas partes buscando al mastín, y el viejo requirió el báculo, gritando de nuevo:

—¡Ah de la casa!

Calló el perro de pronto. Bajo la parra de hojas verdes que sombreaba la puerta de la alquería, allá al fondo de la huerta, destacóse una mujer, guapota y fresca, con belleza aldeana.

Descubrió entonces el viejo la cabeza.

COMPENSACION... TERRITORIAL



—¿Y para esto he pasado yo la frontera?
—¡Y qué quiere usted, señor alemán!
Menos da una piedra.

—A la paz de Dios.
—¿Qué queréis?
—Se hace noche. Somos gente andariego de paz.
—Pobres caminantes, buenas almas.
—Pedimos posada.

Llevábase el viento soplando fuerte al mover el ramaje de los árboles de la ori-

lla del camino, las voces plañideras de los mendigos.

La mujer, en los umbrales de la casa, hizo echar humilde al perro y después gritó:

—¡Adentro!

Cuando se pusieron al habla, los viejos requirieron con súplicas la piedad de la aldeana para que los dejase dormir aquella noche al abrigo de la casa. ¿Cómo iban á tumbarse en el camino? ¡Quedaba aún tan distante el pueblo! ¡Y rendidos de fatiga!

Resistióse al pronto la cortijera. No podía dejarlos en casa. Con la carreta cargada de trigo había ido el marido al mercado de la ciudad, para dos días iba ya, y ella estaba sola en casa. Al anoecer cerraba las puertas, y el perro vigilaba el campo, espindo todo rumor que denunciase humanos pasos. No; no podía ser. Que fueran al otro cortijo, al de enfrente. Era corto de andar el camino.

El viejo rezongaba entristecido:

—¡Perra suerte de los pobres! No puedo andar. Miren ésto.

Y enseñaba la pierna ulcerada chorreando pus, en llaga viva, mientras la mendiga, llorosa y suspirante, no cesaba de repetir:

—Buenas almas, caridad.

Movida á misericordia, la cortijera, no sin enojo encubierto, consintió el hospedaje.

III

Después de la colación, al amor de los tizones en la cocina, los viejos marcháronse al pajar, tumbando los cuerpos sobre las haces amontonadas en un rincón. Antes de dormirse oyeron aún ruido de cerros. La cortijera cerraba las puertas, y al poco tiempo los pasos de ésta, al andar en las habitaciones altas de la casa, resonaban con seco rumor arriba.

Más tarde, en la casa, y en la soledad nocturna del campo, reinó en silencio. Cuando soplabá una ráfaga de aire fuerte estremecidas, crujían las maderas de las puertas, y el roce de las ramas de los árboles sacudidos, en las paredes, parecía el arañazo de una fiera montaraz hambrienta rondando la granja en espera de asaltarla. De tarde en tarde, en el establo vecino, las vacas retregaban el testuz contra la pared, inquietas, despaviladas, mordisqueando el heno. Lejos se escuchaba el dulce son del agua, en medio de la

plácida noche al caer regocijada, retozona en los estanques.

Durmieron los mendigos, y en las largas horas de sueño el cansancio de los cuerpos fatigados de la ingrátida jornada del día, empeñábase en amodorrar el espíritu y en cerrar fuertemente los ojos. ¡Gracias á aquel respiro podrían continuar el viaje al clarear el día!

Mediaría la noche, cuando la vieja despertó. ¡Maldito perro, cómo ladraba! Sin duda, algún labriego pasaba por el camino junto á la linde de la huerta.

De nuevo intentó dormir. Había el mastín callado.

Mas, en escucha, percibió fuera, en el patio rumor de pasos. ¿Sería el cortijero que estaba de regreso? No podía ser. No oía el chirriar de las ruedas de la carreta, triturando la

grava del camino, ni había escuchado vocar dando aviso de llegar. La paz del silencio confirmaba á lo largo del campo solitario, dormido al amor de la noche.

Arriba, en lo alto de la casa, con cauteloso cuidado, una ventanaseabria.

Después claramente oyó:

—¡Chist!

Una voz masculina contestó:

—¿Qué?...

—Sin ruido.

La vieja, escalofriada las carnes, con espantados ojos de miedo, llamó, sacudiéndolo con brusco tirón, al compañero. Con apagada voz, casi al oído, castañeteándole los dientes, dijo:

—¿Oyes? ¿has oído?... ¡ladrones!

Despavilóse el

mendigo, y escuchó. Nada; de nuevo volvió á reinar el silencio. Y corajiento balbuceó, intentando cerrar otra vez los ojos para dormir:

—¡Visiones!... Duérmete.

Mas, ella insistió:

—¿Oyes?... ¿has oído?

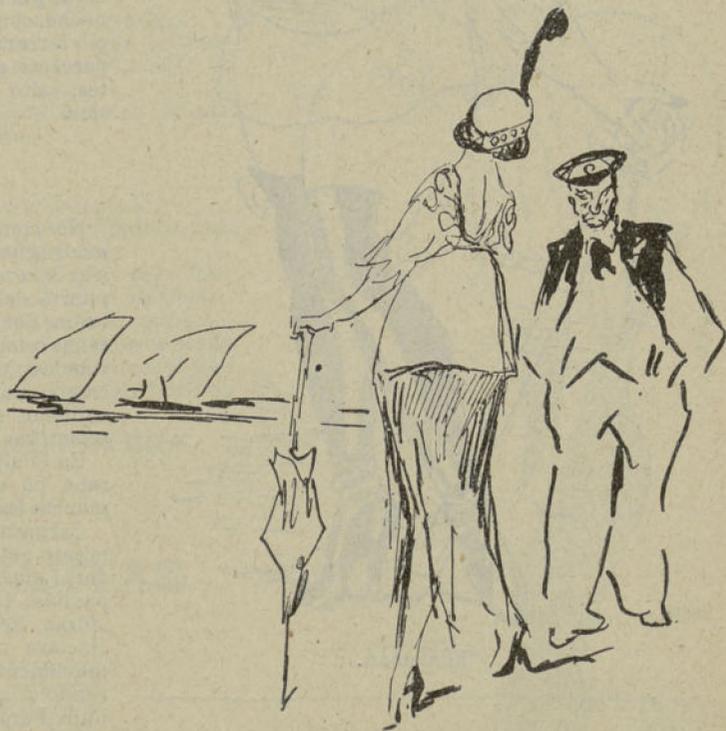
Sonaba un murmullo como de voces, un rumor impreciso.

—Serán las vacas.

—No; es gente que habla... ¡ladrones!

Cuando, tras esfuerzos por aquietar el ánimo asustadizo de la vieja, el mendigo arrellanóse de nuevo sobre la paja para reanudar el sueño, incorporóse de pronto sobresaltado, el cano cabello de punta. Sí, eran voces humanas; las había percibido claramente. Y luego suspiros y llantos. Las voces eran agua de riña, pero

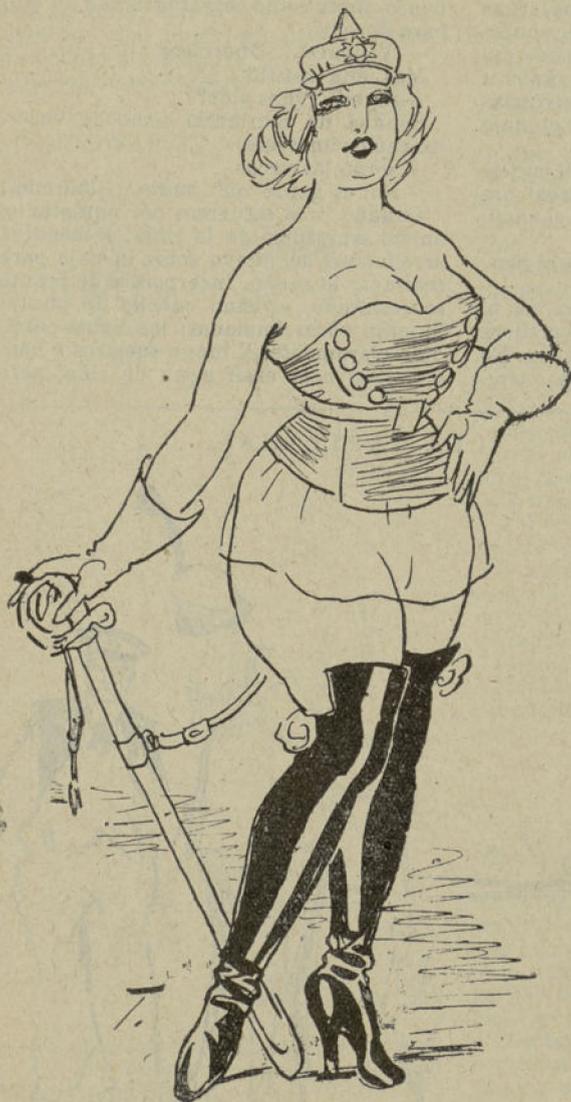
LA CAPITANA



—¡Hala, ya está usted volviendo al barco! La otra tarde descuidó usted la vela á su cargo y el capitán y yo estuvimos sin poder tirar ni atrás ni adelante...

—Está bien, señorita. Esta tarde tendré yo mismo la vela.

EJERCITO IDEAL



El alemán.

como ahogándolas. Y se oía á la aldeana que, entre sollozos repetía:

—¿Qué más quieres?

A través del diálogo imperceptible algunas palabras sueltas, pronunciadas por

voz masculina, dejaban en los viejos una sensación de terror trágico.

—Matarlo... huir...

Los mendigos temblaban con escalofrío de espanto. ¿Qué hacer? Eran ladrones, indudablemente, que llevaban también impetus asesinos. Arriba sentíase ahora como el forcejear de dos cuerpos en lucha, después el crujiir de algo como si un cuerpo se desplomara en él, y luego un suspirar largo, que crecía y desmayaba como un estertor agónico.

Y los viejos, alucinados por el miedo, creyeron á la cortijera muerta. La vieja estuvo rezando toda la noche, ahogando el resuello de su tos asmática, y el mendigo, detrás de la puerta, velando toda la noche, con ojos espantados, espío á través de las rendijas, el perezoso alborocar del día. Antes, saltó un hombre la ventana.

IV

No bien llegaron las luces-madrugueras, los mendigos abrieron cautelosamente la puerta del pajar. Nadie había fuera. Sobre las distantes montañas rompían las primeras claridades, y al desperezarse el campo, parecía que las aguas-callaban su inquieto rumor, temerosas de la luz.

En lo alto de la casa todo estaba en silencio. Allí estaría muerta la cortijera.

Cargaron á las espaldas el misero petate, y echaron á andar. Lejos, al oír los pasos, despavilóse el perro y comenzó á ladrar. Era un contratiempo. Hacíase necesario espiar los movimientos del animal, esperando á que se alejara, para huir. Pero ¿y si llegaban gen-

tes? ¿Si del cortijo vecino los alcanzaban á ver? Entonces estaban irremisiblemente perdidos.

Sentían los viejos un terror trágico. Suponían á la pobre mujer, destrozadas las

ropas, herida de arma blanca, los ojos abiertos e hijos, y en los labios los coágulos de sangre negra y reseca. Ni siquiera pensaron un momento en subir la escalera y cerciorarse del crimen.

Callaba el perro ahora. Salieron de nuevo a la puerta los viejos. A campo traviesa corría el mastín. La plena luz solar llenaba ya de alegre claridad el aire, y á distancia, camino adelante, un carro rodaba hundiendo las llantas en el polvo, tirado por un caballejo. Sobre el carro destacábase la silueta de un hombre, y se oía clara, lánguida, la vieja canción aldeana que cantaba. Sin duda era el cortijero que retornaba á la granja.

Era llegado el momento de huir. Y rápidos, acosados por el miedo, echaron á andar.

No habían llegado aún á la linde de la huerta, al entrar en el camino, cuando oyeron una voz muy lejana que gritaba desde la ventana de la casa:

—¡Eh!... ¡Descastados! ¡Ni gracias!..

Volvieron aterrados los viejos. La mendiga temblaba con los pies clavados en tierra.

Con suave empuje de la mano indicóle el compañero el camino.

Luego añadió:

—Sigue...

Y comenzó á reir con desenfado.¹

A distancia sonaba, más vibrante, más clara, la vieja canción aldeana.

Sobre los campos reía el sol y rebrillaba sobre las paredes blancas de la casa cortijera cercana. Delante de ella un mozo detrás de la yunta de mansos bueyes araba perezosamente la tierra. Los surcos recién abiertos, llenos de sol, parecían también reírse.

Angel GUERRA

DOS CARTAS

I

Villatuerta, á veinticinco de Julio, mil novecientos catorce. Amigo Pascual:
Hoy dispongo de un momento, el que aprovecho y te escribo. Por aquí están todos buenos. Elisa muy disgustada, porque hace ya tanto tiempo

EJERCITO IDEAL



El ruso.

que no te ve. Ya no come, ni duerme, ni... Te aconsejo que hagas todo lo posible por venir pronto. Yo, créemelo, sufro de verla llorar, porque llora sin consuelo. Pasa el día pronunciando tu nombre y rezando Credos

CUESTION DE APRECIACION



El.—Con la moda esa de vestirse con remiendos de seda, están ustedes como para que las quiten un remiendo.

Ella.—¡O para que nos echen dos!

al Cristo de las enaguas, tan venerado en el pueblo. Quien está muy bien es Pablo; ha crecido mucho. ¡Pero cómo se parece á ti! Cada vez más (en lo feo). Pues, si vieras á Angelita qué mona está; por supuesto ésta es el vivo retrato de su madre: tiene el pelo

negro, lo mismo que Elisa, y unos ojos grandes, negros, que dan envidia... Pues, chico, hablando de todo, pienso estar aquí una semana, cuando más, porque este pueblo es demasiado aburrido, y eso que, ya sabes, cuento con la amistad del alcalde, del cura y del farmacéutico, y además, algunas veces paso el tiempo haciendo versos al sol, al mar, á las flores y á... la mujer del maestro; pero así y todo, me aburro, no encuentro entretenimiento. Si los negocios se arreglan pronto —que yo así lo espero—, dentro de unos cuantos días, me tienes en esa,

Ernesto.

Postdata: Se me olvidaba: Ya le di á Elisa aquel cesto que me diste con botellas, y los abrazos y besos que me encargaste. Hasta otra, que es tarde para el correo.

II

Villatuerta, á veintinueve de Julio, mil novecientos catorce. Amigo Pascual: Por aquí seguimos buenos. Ya sé que tú esperarías verme cualquier día de estos en esa, como te dije en mi última carta; pero aun cuando se me arreglaron los negocios, ya no pienso ir á Madrid por ahora, pues las niñas de don Celio, que está de médico aquí, dan reuniones, y esto hace que ya no me aburra, y, ¡chico, ya no hago versos, como antes, por distraerme! ¡Ya se fué el aburrimiento! Elisa también asiste, mas no baila, pues te advierto Pascual, que yo, como amigo que soy tuyo, y pues te quiero, cuido de ella, y nos pasamos las noches contando cuentos en un rincón de la sala... ya ves, por matar el tiempo.

Adiós. Manda lo que quieras,
y estáte tranquilo,

Ernesto.

Postdata: Elisa no llora.
como antes, ni reza Credos;
y es que está más distraída.
Adiós, que se va el correo.

Por la copia,

F. GONZALEZ-RIGABERT

Donde hay halagos no hay bienes.

En el colegio desde hacia un mes no se hablaba de otra cosa:

—Pero ¿qué le pasará á Juanita? Ella, tan risueña, tan alegre, tan juguetona, lleva unos días que parece una ciruela pasa. Hasta el color del rostro se le ha cambiado.

—Yo sí sé lo que le pasa.

—¡Ay, venga, venga!

—Si me prometéis no decirlo...

—¡Prometido, prometido!

Las seis chicas hicieron corro en torno á Gabriela, que era la poseedora del enigma: por ser la menos joven de todas ellas gozaba de una autoridad grandísima. A los veinte años ya tenía una historia: castigada por sus padres —se decía que por ciertos devaneos peligrosos con un primo—, durante unas vacaciones— había retrasado dos años la salida del colegio, donde estaba como en una cárcel.

—Lo que os voy á contar lo he visto yo misma. Fué la otra noche. A las once.

—¿A las once?

—Sí: hacía ya un rato grande que todas dormíamos, y al pasar la madre para hacer una de las rondas, le pedí permiso para salir á hacer una necesidad.

—¿Y te lo dió?

—A mí, ya lo creo: ya sabéis que no me niega nada... Saigo, y al pasar por el corredor que va á la capilla veo un bulto blanco al lado de una ventana.

—¡Qué miedo!

—Yo no me asusté: lo que hice fué esconderme detrás de la cortina que cubre por las noches la imagen de Santa Teresa y observar.

—Ay, ¿y qué viste?

—Más que ver oí: una voz, que era la de Juanita, decía, como hablando con alguien que estuviera en el jardín: «Sí, sí:

EL AMOR DE OCULTIS



El.—Mira que si nos sorprendiese así un fotógrafo.

Ella.—;Y si el fotógrafo además fuese mi papá!...

siempre me dice usted eso y nunca me lo cumple. Al final acabará usted engañándome como la hermana Benilde: ella también me halagaba mucho y luego, ya ve usted lo que hizo: acabó escapándose con el sacristán.»

—¡Jesús!... Y es verdad: con el sacristán se escapó hace un año por ahora.

—Escuchad, que aún no he acabado: Juanita, escuchando lo que le decía la de abajo, que yo no podía oír, daba unos suspiros muy grandes; después añadió: «¿Mañana, á la hora del recreo de la tarde? Bueno... No; no; no faltaré... ¿Donde el otro día?... ¿En la casita de los perros?... Bueno, bueno...» Ya se marchaba de puntillas cuando la llamó la de abajo. Lo que le diría no lo sé, pero ella contestó: «No, prefiero que me pregunte usted los ríos de América: me los sé muy bien.»

—¿Y eso qué quiere decir?

—Pero, ¿no lo habéis comprendido? La

que estaba en el jardín era la hermana Dominga, la profesora de Geografía, que, para halagar más á Juanita, le avisaba la noche antes lo que le iba á preguntar al día siguiente en clase para que tuviese tiempo de estudiárselo por la mañana.

—¡Claro! Así da tan bien las lecciones; de ese modo soy yo la primera en todas las clases.

—Oye, y... ¿acudiría á la casita de los perros á la tarde siguiente?

—¡Cualquiera lo sabe!

—Ya tendrán ellas buen cuidado de que nadie se entere.

—¡Buena tonta es la hermana Dominga!

—Pues yo —dijo Gabriela, gozándose en el asombro que iba á causar con sus palabras— si lo sé.

—¡Cómo!

—¡Tontas! ¿Creeis que yo hago las cosas á medias? Cuando yo persigo una liebre la cojo... Aquella tarde me escapé del recreo, y dando un rodeo por la huerta de la cocina, llegué al sitio de la cita.

—¿Y qué? ¿y qué?...

—No había nadie.

—¡Ah!... ¡Qué rabia!

—Al poco tiempo llegó la hermana: me vió y me echó una peluca como para mí sola. Me dijo que á quién esperaba allí, y

yo la dije que á ella, y tales razones la di para desagraviarla, que poco después, cuando llegó Juanita con la falda recogida para correr más y la cara ardiendo, se encontró con que la hermana Dominga me estaba diciendo á mí lo mismo que le había dicho á ella la noche antes á las once

—¡Muy bien! ¡Muy bien!

—Y ahora ya sabéis lo que tiene Juanita; mejor dicho, lo que no tiene.

Joaquín BELDA



—Chica, una de dos: ó tenéis muy poca parroquia ó tenéis muy grande ese bolsillo; porque todo lo que te han dado los señores de antes así como esto mío, te la metes en el mismo sitio.

Romance de sangre.

I

Trágica princesa
de los ojos negros,
por malaventura,
ya nos conocemos.

Que por arte mago,
para tu gorguero,
perlas, de mis ojos
hagan hechiceros.

Y para tu carne,
perfumada, unguentos
con la masa ingente,
de mis locos sesos.

Bebe de mi sangre
nieve de nevero,
que tornóla fría
tu mirar brujo.

Pisen tus sandalias

polvo de mis huesos,
que soy un esclavo
de tu sortilegio.

Princesa, engendada
de mujer y cuervo,
por malaventura,
ya nos conocemos.

II

Sol del mediodía
tibio y agorero
de amor, á la sombra
de los limoneros.

Mar azul, latino,
dormido y sereno,
por donde la luna

pasa como un cuento.

Con mi trova ardiente
despediros quiero,
poniendo en el aire
mis extraños besos.

Que miré el desnudo
de su lindo cuerpo,
y en el mismo baño
me cogieron preso.

III

Palpitantes, rasguen
como á Prometeo,
mis entrañas ígneas
tus feroces perros.

Y que á dentelladas

se disputen luego
la última piltrafa
con ensañamiento.

Es fama que tienes
corazón con pelo,
princesa engendada
de mujer y cuervo.

Y si no te apiada
la voz del trovero,
es impertinencia
suplicar al cielo.

Húndase la luna
roja en el infierno,
por malaventura
ya nos conocemos.

Angel G. LUGEA

LA MUERTE DE RÉPIDE (1)

Al salir del presidio de Cartagena, donde cumplí condena por el asesinato de Pedro de Répide, que me acumularon injustamente, pues todo el mundo sabe que al famoso cronista lo mató un aviador ovetense, me dirigí al domicilio de la novelista Angeles Vicente.

La autora de *Teresilla* se hallaba en la azotea de su morada; subí á la azotea, y no la encontré.

Vi dos palos clavados en el suelo, y pendiente de los palos, un baúl mundo.

Me acerqué al baúl y llamé con los nudillos.

Allí estaba encerrada mi amiga. Luego no se hallaba fuera del mundo.

—¿Pero qué haces ahí dentro?

—Estoy escribiendo una comedia sideral, y deseo huir de las cosas tristes. Esperate, Ramón, que ahora bajo.

Sin dada me había confundido con Valle-Inclán, porque salí del presidio con unas barbas de chivo y una palidez macabra.

Descendió por una cuerda, y tomando asiento en el culo de un lebrillo vuelto del revés, siguió Angeles diciéndome que no tenía otro remedio que escribir flotando al viento, porque deseaba hacer una cosa puramente alada.

Yo sé que Trigo escribe sobre el santo suelo, tendido á la larga; que Vives hace la música vestido de novicia, y que la Chelito enamora á los abuelos contando-

DESPUES DE LAS MANIOBRAS



Luis Esteso y La Toscana

Recuerdos de la vida militar. Interesante fotografía proporcionada por nuestro querido colaborador.

les asuntos de películas norteamericanas. Pero el procedimiento de la Vicente, como es menos convincente á primera vista, dudé un momento y sonrei.

—Siento oponerme á tus pretensiones, Ramón —me decía la escritora con un rubor fugaz—; tú eres casado, y yo...

No la dejé seguir.

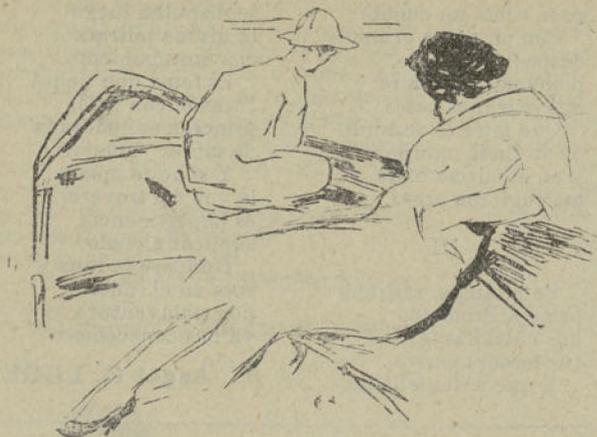
—¿Pero tan desfigurado estoy?

Angeles dió un bote y se quiso tirar por la azotea.

—Que soy yo.

—¡Vete criminal! Tú eres el asesino de Répide, y vienes á robarme la obra.

(1) Del libro *Para que rían los curas*, recientemente publicado por Luis Esteso.



—Vente á esta parte del bote, porque ahí vas á tener mucho movimiento de popa.

—Déjalo, chico. ¡Ya estoy tan acostumbrada!

Me puse de rodillas y comencé á horar.

—¡Por Apolo! —grité fuera de mí—.

Oyeme, y después me acusas.

A la misma hora en que el famoso autor de *Del Rastro á Maravillas* entregaba su alma, me batía yo en las afueras de Valdemoro con un señor á quien jamás había visto; pero se trataba del honor de un guarda de consumos, mejor dicho, del honor de su esposa, que me había sacado de pila, y fui al terreno con el aplomo de un cómico estudioso.

El duelo era á quince pasos, retrocediendo hasta ponerse fuera del alcance del sable.

Un padrino me pidió un duro, y retrocedí dos pasos alarmado. El otro padrino quería que avanzase mi enemigo y no hacía más que hacerle así con el dedo.

Comenzó el asalto, y mi enemigo se puso en guardia; yo tendí el arma y pegué un retortijón.

—¡Alto! —gritó el juez de campo, que era un farmacéutico amigo mío—. Ese hombre está herido.

—No —grité yo—; es que estoy con el cuerpo descompuesto, y me caigo sin querer.

Se me concedieron diez minutos, y me fui detrás de un ribazo á descargar.

Volví amarillo y con el labio de abajo caído.

Traía el pecho al aire y se me salía un escapulario de San Dimas.

Mi adversario se fijó en la imagen, y tiró el sable.

Era mi padre, que me había reconocido. Me besó frenético y me llevó á su domicilio; levantamos un acta honrosa para ambos, y nos dimos la mano.

Al poco rato fui detenido.

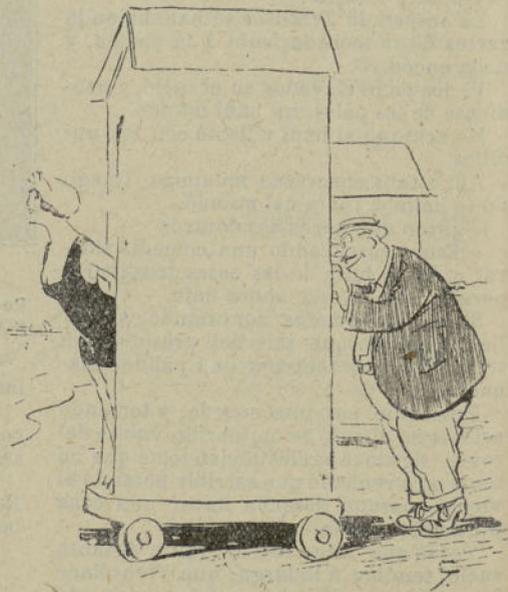
Por no revelar el secreto de quién es mi padre, he ido á presidio; los datos que hoy tengo en mi poder limpiaron la mancha del penal.

—¿Pero tu padre es...?
—me preguntó al oído Angeles.

—El mismo; y mi madre, la...

—¿Pero eres hijo de...?

GEOMETRIA PLANA



El observador.—Pues señor, á pesar de haber abierto una raja completamente horizontal y en el mismo plano que la abertura de salida, no sé qué me pasa ¡lo veo todo negro!

—¡No lo puedo negar!

Se hizo de noche y me acosté en un sofá que tenía la autora en el ropero.

Al amanecer caminaba por el camino de Murcia, y unos ladrones me dijeron:

—¡Alto! ¿Quién vive?

—Juan La Cierva —les respondí sin vacilar.

Los ladrones se inclinaron y me dijeron:

—¡Dios guarde á la buena gente!

Sabiduría y amor.

Y el rey Salomón, dado á las mujeres, pierde la sabiduría.

(Antiguo testamento).

Salomón, el rey sabio de las barbas de [plata, el que todo lo sabe, del que es magno el [poder, se halla triste y doliente bajo el manto es- [carlata, en la calma serena del bello atardecer.

Salomón, el rey sabio que no supo de [amores, ha sentido en su alma el áspid torcedor.

Salomón se halla preso de agradables do- [lores porque el niño Cupido le ha flechado de [amor.

Y al darse por entero al placer encantado del divino Himeneo, Sabiduría huyó. [do Apenada, á otros reinos lejanos, escapó.

Salomón, el rey fuerte, no notó —ena- [morado— la marcha dolorosa de su Sabiduría.

Ahora, sabiendo amar... ¿para qué la que- [ría?

Eladio CEPILLO

¡Tú lo quisiste!

Te amé con un amor idealizado, gozamos sin temor del embeleso de chocar nuestros labios en un beso; mas no fué nuestro instinto despertado.

Jugar quisiste con amor sagrado,

coqueta fuiste y en tus redes preso de fiebre insana me sentí pososo y horrible y fiero nos venció el pecado.

No dirás que la culpa ha sido mía, si al verdadero amor observas, triste, de su muerte culparte en su agonía.

A la bestia dormida impulso diste, te hizo caer y te enfangó la impía. No te quejes de mí... ¡Tú lo quisiste!

Fernando DE LA MILLA



¡Colosal obra erótica!

La noche de boda

CONTADA

por algunos casados y casadas

Relaciones verídicas y sensacionales del más puro naturismo.

Un magnífico tomo con cubierta en colores, UNA PESETA.

Pídase en todos los kioscos, librerías de España, América y á la Editorial Dep, Córcega, 299, Barcelona, que lo envía franco contra su importe en sellos, etc.



EL FENOMENO

sigue bien desde que compra gomas irrompibles de las mejores marcas que vende

La Inglesa

San Vicente, 164, Valencia.

Catálogo gratis enviando sello.

Agentes exclusivos en Sud América.

MASSIP Y COMPAÑIA

RIVADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones ESPAÑA (S.A.)

IMPRESA

DE

EDICIONES ESPAÑA (S. A.)

En esta imprenta se hace toda clase de periódicos, folletos, circulares, facturas, cartas comerciales á precios económicos.

PASEO DE LAS DELICIAS, 60

Departado 547. MADRID Teléfono 1.843

Agente exclusivo para los anuncios de LA HOJA DE PARRA

Francisco Pastor, San Bernardo, 1, 3.º

SEÑORAS

Para suavizar, refrescar, blanquear y sonrosar vuestra cara y brazos, usad con preferencia la acertadísima combinación de

CREMAS MUÑOZ

PRECIO

Crema color rosa. 2,00 ptas. tarro.
Idem blanca. 1,50 »

NOTA. Como garantía y sólo para dos meses, se venden pequeñas cajitas á 0,50 y 0,25 pesetas respectivamente.

De venta: Farmacia de San Vicente.—Calles de Cuarte, 81 y Dr. Monserrat, 17. Valencia.

Viuda de José Lerín

Encargada de la venta de LA HOJA DE PARRA en Madrid. Abada, 22, tienda. Reparte toda clase de periódicos y revistas

HOMBRES

Faltos de energías, nervioso-musculares, impotentes, gastados por abusos de Venus, solitarios, alcohólicos, pesares, estudios, &, viejos sin años, recobrarán las fuerzas de la juventud con el VIGOR SEXUAL KOCH de uso externo. Los medicamentos al interior, si son débiles, estropean el estómago y no producen efecto, y si son fuertes matan la salud. El VIGOR SEXUAL KOCH se vende en las boticas bien surtidas del mundo. Conviene que para determinar el grado de DEBILIDAD se pida á la CLINICA MATEOS, Arenal, 1, 1.º, MADRID (España) el GRAFICO SEXUAL, y lo recibirán gratis por correo, reservadamente.

Un consejo á las señoras

que padecen de rubicundeces, urticaria, etc. Tomar todos los días un Papel Yhomar disuelto en un vaso de leche ó agua muy azucarada, y desaparecerán esos defectos que afean el cutis y teniendo constancia obtendréis una piel fina, tersa y delicada como pétalos de rosa. *Gayoso*, Madrid; *Gamli*, Valencia, y en las principales farmacias bien surtidas.

Misterios y secretos del lecho conyugal

(Sólo para hombres y casados).—Dos tomos con grabados.

Tortilla al ron Un tomo de 255 páginas.

Se envían á provincias, certificados, los tres tomos por CINCO pesetas en Giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por CINCO francos ó UN dollar.

Los pedidos, con su importe, diríjense UNICAMENTE A ANTONIO ROS, LIBRERO, JACOMETREZO, 80, 4.º DRA., MADRID (Casa fundada en 1896).

BIBLIOTECA PRIVADA.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 pesetas